

〈Artículo〉

Pobreza y los pueblos indígenas : El caso de dos familias otomíes migrantes en la Ciudad de México

Hiroyuki UKEDA*

I Pobreza y los pueblos indígenas de México

En México, de acuerdo con el *Censo de Población 1990*, hay 5 millones 280 mil hablantes de lengua indígena, el 7.49% de la población total de 5 años y más¹⁾. Comparado con la población no-indígena, es notoria la pobreza de los pueblos indígenas. Un estudio organizado por el Banco Mundial afirma que los indígenas sufren la pobreza económica, que se mide por la falta absoluta de ingreso, mucho más que los no-indígenas²⁾. Respecto a otros elementos que componen las 'necesidades básicas' de la vida humana, los indígenas se sitúan en clara desventaja, por lo que ahora cada vez más gente habla a favor de ellos. Sin embargo, el discurso tiende a ser parcial debido a los sesgos ideológicos, careciendo de una base empírica.

Actualmente en México, al referirse a los indígenas se distinguen dos enfoques dominantes : 1) el enfoque al **capital (recurso) humano** y 2) el enfoque a la **autonomía**. El primer enfoque es apoyado por los economistas y el gobierno por ser el fundamento teórico de la política social. Bajo este enfoque, se asume que el mejor camino para reducir la pobreza económica es acumular capital humano –escolaridad, habilidad, salud y otras características personales que aumentan su productividad laboral–. De acuerdo a dicha proposición, la pobreza de los indígenas debe de explicarse por su baja acumulación de capital humano, tal como supone el mencionado estudio del Banco Mundial. Según este estudio, ciertamente la causa principal del bajo ingreso de los indígenas estriba en su limitado capital humano. Pero, el 48%

de la diferencia de ingreso no se atribuye a la diferencia de productividad entre la población indígena y la no-indígena. Aparte del gran residuo cuyas razones concretas no pueden confirmarse únicamente por análisis estadístico, el enfoque al capital humano es poco sensitivo a la historia y la diversidad regional, de modo que queda pendiente la cuestión no menos importante: "Por qué los indígenas disponen de poco capital humano y algunos indígenas menos que otros?".

El segundo enfoque, la autonomía, es más cultural y holístico que el primero. Entre antropólogos, intelectuales indígenas y algunos agentes de movimientos sociales y del gobierno, ese enfoque se ha consolidado desde la década de los años setenta. El gran impulso para los proponentes fue el levantamiento de los neozapatistas en 1994, quienes han exigido la autonomía regional de los pueblos indios. El enfoque autonomista enfatiza como fin y medio de desarrollo la unicidad y la cohesión de las sociedades indígenas. Denuncia el 'etnocidio' que ha cometido el gobierno por sus políticas integracionistas que niegan la pluralidad cultural. En lo que toca a desarrollo económico, los autonomistas sugieren que se preserven las culturas indígenas y que mejoren sus situaciones económicas, siendo éstos objetivos complementarios³⁾. Faltaría espacio aquí para presentar ciertas divergencias que hay entre los autonomistas o las diversas críticas que se hacen en su contra. Basta aclarar que la legitimidad de sus argumentos dependerá de 1) los indígenas mismos que desean el desarrollo autónomo (¿autonomía para quién?) y de 2) las culturas indígenas que no refuerzan su pobreza.

La pobreza de los indígenas es un problema enraizado en la sociedad mexicana ya que es el resultado de la interacción de múltiples factores, cuya comprensión requiere estudios interdisciplinarios con fundamento empírico y sin prejuicio ideológico. Abrigando esa idea, el autor del presente artículo se dedicó a un trabajo de campo con los indígenas migrantes en la Ciudad de México desde julio de 1998 hasta septiembre de 2000.

Cabe señalar que, por lo general, los investigadores preferían estudiar las comunidades rurales. En contraposición, existen pocos estudios serios

que han estudiado la pobreza de los indígenas migrantes. Pero, según el *Censo 1990*, el 33.3% de los hablantes de lengua indígena ya viven en localidades urbanas, sin contar con los migrantes temporales. Entre lugares de destino sobresale la Ciudad de México, que comprende las 16 delegaciones del Distrito Federal (DF) y 27 municipios conurbanos del Estado de México (EDOMEX). En 1990 se registran 213,324 hablantes de lengua indígena en la capital del país, lo que equivale al 3.93% del total de la población indígena. La gran mayoría de los indígenas migrantes capitalinos provienen del Altiplano Central o del Estado de Oaxaca, y no todos pero muchos de ellos viven en la pobreza. Entre los migrantes, que presentan una gran variedad étnica, el autor decidió investigar a los otomíes migrantes de Santiago Mexquititlán (SM), del Estado de Querétaro. Ellos son uno de los grupos más pobres que habitan en la capital.

Son más visibles y llaman la atención los indígenas migrantes que conviven con sus paisanos, pero no todos viven de esta forma. En el caso otomí de SM, también existen familias⁴⁾ 'separadas', algunas de las cuales viven solas y otras con hasta 5 ó 6 familias nucleares emparentadas entre sí en un inmueble. El autor ha investigado a ambos tipos de migrantes, especialmente a los 90 hogares⁴⁾ que viven hacinados en cuatro predios irregulares (es decir, terrenos anteriormente desocupados sobre los cuales varias familias habitan sin obtener el derecho de la propiedad) ubicados en la Colonia Roma de la Delegación Cuauhtémoc, el DF⁵⁾, y a los 18 hogares 'separados' que residen en diversas zonas populares de la capital⁶⁾. Estos 108 hogares constituyen los principales informantes otomíes del autor⁷⁾.

Los otomíes santiaguenses suelen desconfiar de la 'gente de fuera', sobre todo de los investigadores, por lo cual el autor ha tenido que obtener datos de diversas maneras. Entre ellas destacan: visitas regulares a las casas de los principales informantes otomíes y observación participativa; encuestas a los jefes de hogar⁸⁾; recorridos por las calles y plazas donde los otomíes migrantes se encuentran dedicados al comercio o a la mendicidad; entrevista formal e informal incluyendo a los otomíes que no son los principales informantes; cooperación con aquellas organizaciones gubernamentales y no-

gubernamentales que apoyan a los indígenas migrantes, y cuyas experiencias y opiniones complementan los datos observados por el autor. Junto con algunos informantes otomíes se ha visitado en varias ocasiones su comunidad de origen, SM. Además, se ha impartido clase de matemáticas a los niños. Mediante esa práctica se pudo conocer bien el rezago educativo, uno de los problemas más graves entre los otomíes migrantes. Durante dos años de trabajo de campo, el autor se ha comunicado básicamente en idioma español con los otomíes migrantes, quienes son bilingües (sólo algunas ancianas tienen dificultad en el manejo del español). Pero, se intentó aprender otomí hasta hablar frases no-complicadas con los informantes.

Este artículo, en vez de hacer uso de la metodología estadística, intenta entender la pobreza de los otomíes migrantes con datos cualitativos: comparar en detalle la vida de dos familias elegidas entre los principales informantes otomíes. Son familias distintas en su grado de pobreza y en su actitud hacia el ambiente urbano. Una de ellas es la familia de José, que, viviendo junto con los paisanos en uno de los cuatro predios irregulares en la Colonia Roma, conserva el carácter otomí y está socio-económicamente muy marginada. En este sentido, es más representativa de los otomíes migrantes que la otra, la familia de Mario (Los nombres son seudónimos). Ésta lleva más tiempo en la urbe y cuenta con casa propia. Mario es el único otomí capitalino con grado universitario que conoce el autor. El autor ha visitado durante más de 200 días el predio donde vive la familia de José, y ha visto más de 30 días a Mario, sea dentro o fuera de su casa.

El capítulo II presenta el panorama general de SM, lugar de origen de los otomíes migrantes. El capítulo III describe e interpreta la vida de los migrantes enfocándose en las dos familias elegidas. Para esto se sigue este orden: 1) historia y composición familiar; 2) trabajo e ingreso; 3) recursos humanos; y 4) recursos sociales. Respecto a los dos enfoques señalados líneas arriba, tendría dos implicaciones. En primer lugar, los recursos humanos de que disponen los otomíes migrantes son escasos, constituyendo la causa principal de su pobreza económica. Pero, es la consecuencia de la interacción de factores económicos y socio-culturales, por lo que es necesario am-

pliar la perspectiva economicista. En segundo lugar, la autonomía no puede considerarse una buena estrategia de desarrollo para los indígenas migrantes pobres como los migrantes santiaguenses de hoy.

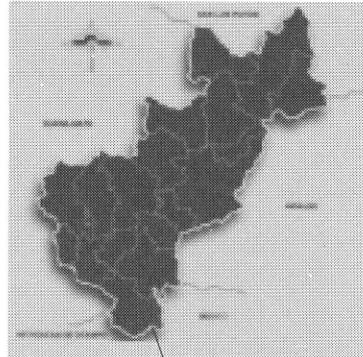
II Santiago Mexquititlán como lugar de origen

El *Censo 1990* registra a 280, 238 hablantes de lengua otomí, el 5.3% de la población total indígena. El hábitat otomí ha sido el Altiplano Central, que hoy se extiende en el EDOMEX, el Estado de Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Veracruz, Puebla y Tlaxcala. Poco se sabe de la historia otomí, pero se puede decir que la civilización otomí floreció en el período epiclásico y posclásico temprano (700–1100dC), formando parte de la zona norteña de Mesoamérica, y que mas decayó entre 1100 y 1520dC. De la época colonial hasta el siglo XX los otomíes han seguido sufriendo una severa marginación, aun entre los indígenas mesoamericanos.

SM⁹⁾, ‘pueblo’ o ‘rancho’ como lo llaman los migrantes, se localiza en un valle llamado el Valle de Santiago. Anteriormente SM perteneció al municipio de Xilotepec, parte noroeste del EDOMEX, y en 1942 fue agregada al municipio de Amealco, que forma la parte sudeste del Estado de Querétaro.



Estado de Querétaro



Municipio de Amealco

SM se divide en seis barrios, entre los cuales el barrio I tiene la historia más larga del asentamiento otomí, donde hoy se encuentran la iglesia principal, la Delegación, la Clínica, algunas tiendas y el tianguis. Durante el Por-

firiato alrededor de SM había siete haciendas en donde los otomíes trabajaban como peones. La Revolución Mexicana acabó con el latifundismo, siendo los santiaguenses repartidos de tierras. Pero, en 1947 ocurrió una tragedia recordada entre los ancianos como la ‘matanza de los animales’. El ejército llegó para llevarse a una gran parte del ganado que había en la comunidad, insistiendo que estaba infectado de una epidemia de fiebre aftosa. La pérdida económica fue tan grande que los santiaguenses comenzaron a migrar. El ritmo de migración se ha acelerado con la parcelación de la tierra, causada por el aumento demográfico. Muchos adultos no pudieron sostener su hogar con la tierra heredada del padre. En 1972, el Instituto Nacional Indigenista, organismo del gobierno federal, creó en el centro de Amealco su XXII ‘Centro Coordinador’, destinado a organizar y/o ejecutar políticas públicas para los otomíes de Amealco. En relación al acceso a SM, el gobierno estatal construyó en 1978 una carretera pavimentada de 17 kilómetros. Durante el día, un autobús pasa cada hora rumbo a la capital. Como resultado de esta conexión directa, se facilitó la migración y la visita de habitantes entre SM y la capital del país. El autobús tarda cerca de cuatro horas de viaje. El boleto costaba 58 pesos en el otoño de 1998, pero el verano de 2000 subió a 73 pesos, un alza no insignificante para los hogares pobres.

El *Censo 1970* registra a 4,977 habitantes en los seis barrios de SM, y, 25 años después, la cifra se duplica a 9,469 santiaguenses según el *Conteo de Población 1995*¹⁰. El 93.5% de la población de 5 años en adelante habla otomí. La población mestiza, a pesar de ser minoría, viven socio-económicamente mejor que los otomíes.

La economía santiaguense se ha basado en la producción agropecuaria a pequeña escala que usa mano de obra familiar. En un hogar típico se siembra maíz y un poco de frijol, se domestica uno o dos puerco y/o borrego, alrededor de cinco pollos y/o guajolotes, y en su jardín crece el maguey, nopal, quelite y la calabaza. La producción comercial destinada al mercado es limitada debido al atraso tecnológico, al clima seco y frío (en invierno) que hace difícil cosechar dos veces al año, a la caída del precio del maíz y al minifundio. Actualmente, la mayoría de los hogares tienen sólo dos hectáreas o menos de

tierra cultivable. Entre los migrantes, más de la mitad de los jefes de hogar no tienen tierra en su pueblo. Desde hace unos años algunos agricultores que cuentan con algún sistema de riego han producido cultivos comerciales como pasuche y lechuga, aunque es imposible que estas parcelas mejoren el nivel de vida de todos los habitantes.

La fragmentación de la tierra con bajo rendimiento, junto con los insuficientes empleos no-agropecuarios que se hallan en SM, constituyen el motivo principal de la migración masiva hacia las ciudades. En años recientes la migración ha pasado la frontera nacional. Muchos jóvenes otomíes van o piensan ir a los Estados Unidos (E.E.U.U.) como braceros. Se habla habitualmente de los parientes o amigos que han ido al 'Norte'.

En los últimos años los gobiernos federal y estatal han asignado más recursos a SM. Sin embargo, la calidad de vida socio-económica, medida en cifras censales, sigue baja no sólo en comparación con el Distrito Federal (DF) sino también con el promedio de toda la población indígena de México. Especialmente, el gran atraso en recursos humanos, que no se superará a corto plazo, es de gran trascendencia para los migrantes, ya que restringe las ocupaciones al alcance de ellos a oficios como la albañilería o los ubica en el llamado Sector Informal Urbano (SIU). Según el *Censo 1990*, (a) la tasa de alfabetismo en SM es del 65.1% entre la población de 6 a 14 años y 47.6% de 15 años y más, mientras que en el DF es del orden del 93.4% y 96.9%, respectivamente ; (b) en SM el 53.8% de la población de 6 a 14 años asisten a la escuela, mientras que en el DF es el 95.1% ; (c) sobre la escolaridad de la población de 15 años y más, el 57.4% en SM y el 5.2% en el DF no tienen ninguna instrucción mientras el 6.9% en SM y el 64.6% en el DF tienen la primaria completa o mayor instrucción.

III La vida de los otomíes migrantes en la Ciudad de México

De aquí en adelante, se describe y se interpreta la vida de los otomíes migrantes de SM, contemplando a las dos familias : la familia de José y la de Mario. El cuadro 1 ofrece algunos resultados de la encuesta que levantó el autor en 85 hogares.

Cuadro 1 Hogares encuestados (marzo-abril del 2000)

		NUMERO DE HOGARES ENCUESTADOS	TAMAÑO MEDIO DEL HOGAR	PERMANENCIA EN LA CIUDAD DE MEXICO DEL JEFE (JEFA) DE HOGAR*		OCUPACIONES (PRINCIPALES) DE LOS MIEMBROS DE 15 AÑOS Y MAS*		
						M	F	
HOGARES UBICADOS EN LOS 4 PREDIOS IRREGULARES		67	6.0			ALBAÑILERIA	47	0
						ARTESANIA	14	54
						COMERCIO EN LA VIA PUBLICA	16	36
HOGARES 'SEPARADOS'	CASA PROPIA	13	5.2	0-5 AÑOS	13	LIMPIAPARABRISAS	8	0
				6-10 AÑOS	19	MENDICIDAD	3	9
				11-20 AÑOS	28	ESTUDIO	3	3
	CASA NO PROPIA	5	5.6	21-30 AÑOS	13	OTROS	15	6
				31- AÑOS	4			
TOTAL		85	5.6	TOTAL	85	TOTAL	110	114

Nota* : Sólo se contaron respuestas válidas.

El autor conoció por primera vez a los migrantes santiaguenses el julio de 1998 cuando los visitó con un empleado del gobierno capitalino, en un predio irregular. El predio está ubicado cerca de la Zona Rosa, una famosa zona comercial de la capital donde siempre hay turistas paseando. Hace 12 años, en 1988, un grupo de cinco mujeres emparentadas invadieron un terreno baldío de 650 m², y luego se fueron juntando más familias paisanas. Hoy residen 78 personas de 18 hogares en ese predio, donde ya no hay espacio para repartir. Al principio, las casas fueron construidas con puros desechos y no había ningún servicio. Ahora todas las casas tienen electricidad, agua y drenaje, pero los habitantes siguen viviendo en promiscuidad y precariedad. Aunque no hay demanda inmediata de desalojo por parte de los dueños, los residentes pueden ser obligados a marcharse en cualquier momento. Ocupan un terreno que no les alcanzaría para comprarlo. Al igual que en otros predios donde cohabitan varias familias otomíes, los habitantes de ese predio tenían su representante : José. Ahora de 38 años, él había asumido desde hacía tres años el cargo, cuyo papel principal era obtener apoyos del gobierno y las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) en beneficio de los habitantes. Sin embargo, durante una reunión el enero de 1999 lo relevaron del cargo, eligiendo a otro representante, acontecimiento doloroso para José, ya que poco después se volvería alcohólico.

Medio año después de haber conocido a José y su familia, me contó un santiaguense, Rogelio, de 34 años, sobre su sobrino que estudiaba ingeniería

ESCOLARIDAD DE LOS MIEMBROS DE 15 AÑOS Y MAS*		
	M	F
SIN INSTRUCCION	30	73
PRIMARIA INCOMPLETA	55	22
PRIMARIA COMPLETA	9	5
POST-PRIMARIA	16	4
TOTAL	110	114

química en una universidad pública, pese a que su padre había fallecido cuando era pequeño. Estuvimos en la fiesta de la Noche Vieja celebrada en otro predio irregular ubicado a sólo 100 metros del predio de José (i.e. el predio irregular donde vive la familia de José), donde había 23 hogares otomíes incluyendo el hogar de Rogelio. Ese universitario se llama Mario, de 26 años, y vive junto con su madre, su hermana y su cuñado, en una zona popular en el Municipio de

Ecatepec del EDOMEX.

III-1 Composición e historia familiar

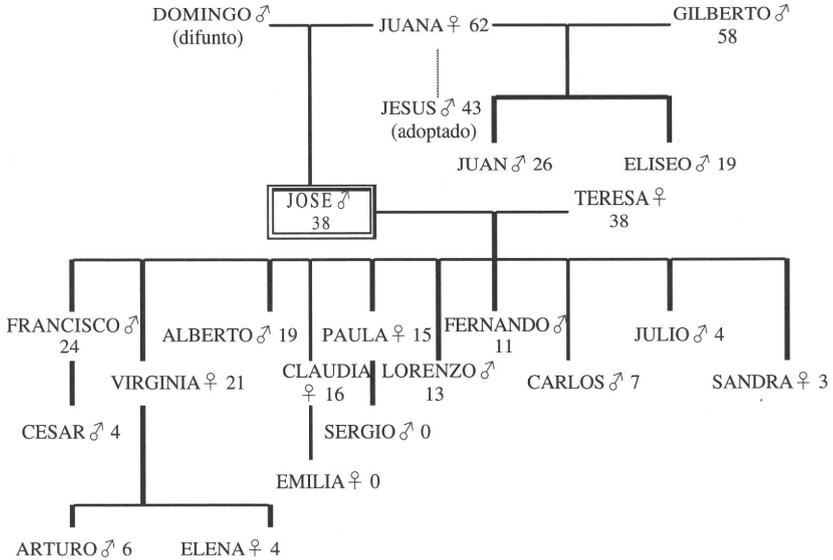
Los cuadros 2 y 3 muestran la genealogía (nombre, sexo y edad) de las familias de José y Mario, que incluyen hasta los parientes consanguíneos de tercer grado. La familia de Mario es mucho más pequeña ya que todavía no está casado y apenas tiene contacto con los parientes de su difunto padre.

La historia y composición familiar de José nos presenta ciertas características de los otomíes migrantes, tales como matrimonio precoz antes de cumplir los 20 años, un gran número de hijos, y minifundio como la causa de migración. La familia de Mario comparte algunas características con la de José, pero diverge en otras. Aparte de su menor tamaño, la familia de Mario lleva más años en la urbe, un factor que les permite una mejor adaptación a la vida urbana. Además, en cuanto a la vivienda, estaba más favorecida, puesto que compró su terreno hace 21 años. Por el aumento del precio, se hace cada vez más difícil para los migrantes santiaguenses obtener terreno propio. En general rentan un cuarto pequeño u ocupan un predio de manera irregular.

La familia de José

José nació y creció en el Barrio VI de SM. Su padre, Domingo, falleció cuando José era niño, en tanto que su madre, Juana, de 62 años, se casó más

Cuadro 2 La familia de José



tarde con otro señor llamado Gilberto, de 58 años. De este matrimonio nacieron dos hijos, Juan (26 años) y Eliseo (19). Juan, casado desde hace diez años, ya tiene cuatro hijos. También Juana adoptó a un hijo de su primo, Jesús (43 años). José se casó con Teresa, de 38 años, cuando tenía 15 años. Al aumentar las bocas que alimentar, el terreno de una hectárea y media dejó de ser suficiente para toda la familia. Así, de vez en cuando algunos miembros migraban temporalmente a la capital para ganar dinero, y hace once años migraron Gilberto, Juana, Jesús, Eliseo, José, Teresa y sus hijos. Desde entonces todos han vivido juntos en el mismo predio. Allí Jesús se casó con una viuda y forma un hogar con ella, con dos hijos y tres hijastros. Por su parte, Gilberto, Juana y Eliseo forman otro hogar. Juan se ha quedado en el 'rancho', cuidando el terreno.

José y Teresa tienen 10 hijos, los seis mayores nacidos en el barrio VI y los cuatro menores en la capital, y cinco nietos. El hijo mayor, Francisco, de 24 años, y las tres hijas mayores (Virginia (21), Claudia (16) y Paula (15)) ya tienen cónyuge y descendientes. Francisco está casado con Martina (20

años), con quien forma su hogar junto con su hijo César (4). Virginia vive con su esposo Martín (24 años), su hijo Arturo (6) y su hija Elena (4). El 24 de julio de 1999 festejaron su boda en el barrio VI. El caso de la segunda hija, Claudia, es diferente: se juntó con un hombre comerciante no-otomí, Javier (19 años), y forma un hogar con él y su recién-nacida Emilia, alquilando un cuarto sin muebles a un precio de 500 pesos mensuales en la Colonia Doctores. Visitan frecuentemente al predio para saludar a sus familias consaguíneas. Paula, un año menor que Claudia, se juntó hace un año con Gabriel (19 años). Tras su recuperación luego de haber padecido una infección al dar a luz a su niño Sergio, Paula sigue viviendo en la casa de José. Gabriel es considerado entre los habitantes del predio como un hombre poco responsable. Hijo de padre alcohólico, Gabriel mismo ya antes consumía drogas. El segundo hijo, Alberto (19 años), es soltero y vive con José. Entre octubre de 1998 y marzo de 1999 fue encarcelado por atacar un puesto callejero con su amigo santiaguense. Los 5 hijos pequeños también viven con José: Lorenzo (13 años), Fernando (11), Carlos (7), Julio (4) y Sandra (3). Así, en la casa de José de solamente siete por cinco metros y dividida en dos partes por una lámina de cartón, viven once personas. En el mismo predio están los hogares de su hijo mayor Francisco, de su hija mayor Virginia, de su madre Juana y de su 'hermano' Jesús.

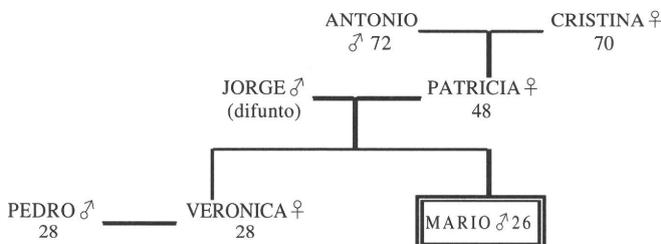
La familia de Mario

Los padres de Mario son del Barrio I de SM, pero él nació en la capital. Su madre, Patricia, de 48 años, es la mayor de los seis hijos de la pareja Antonio (72 años) y Cristina (70), quienes siguen viviendo en la comunidad y, llenos de salud, cosechan maíz en su terreno de una hectárea.

Patricia vino a la capital hace 29 años con su marido Jorge. Pronto dio a luz a su única hija, Verónica de 28 años, y, dos años después de ella, Mario. Verónica y Mario han crecido en la capital, aunque Mario recuerda que a veces visitaban el pueblo cuando era niño.

Jorge era albañil mientras que Patricia casi siempre se dedicaba a la venta de verduras. En 1979 compraron un terreno de alrededor de 150 m²

Cuadro 3 La familia de Mario



para construir ellos mismos su casa. Del predio de José, localizado al centro del DF, se tarda una hora y media para llegar a la casa de Mario, tomando el metro y dos camiones de transporte.

Pese a la ventaja de haber nacido y crecido en la capital y tener su propia casa, la vida de Mario estaba llena de angustia. Su padre Jorge era alcohólico y abandonó la familia cuando Mario tenía 11 años. Cuatro años después Mario se enteró de la muerte de su padre a causa de cirrosis hepática. En unos meses la pobreza extrema le obligó a vender chicles y pedir limosna en la calle. Sin embargo, “mi mamá no quería mandarnos a la calle sino nos estimulaba a estudiar”, y según Mario, éste es el único factor que explica la gran diferencia en el logro educativo entre él y otros jóvenes otomíes. Patricia ha trabajado duramente desde las cuatro o cinco de la mañana casi todos los días. La pobreza le impidió a Mario el lujo de dedicarse exclusivamente al estudio, obligándole a ayudar a su madre cortando nopales y trabajar de carpintero y reparar aparatos eléctricos. En 1988 sufrió un accidente: le cayó una piedra sobre la cabeza, cuya secuela le impidió estudiar bien durante cuatro años. Pese a todo, al final, superó todas las dificultades. Egresó de la preparatoria y pasó el examen de ingreso a la universidad en 1997.

Su hermana Verónica dejó de estudiar al terminar la preparatoria, y en 1993 se casó con Pedro, quien no es otomí y es de la misma edad que ella, y quien vino a la capital de un pueblo del EDOMEX hace diez años. La decisión de Verónica le causó tristeza a Patricia ya que quería que su hija continuara el estudio, aunque se mejorara la situación económica. Verónica y Pedro trabajan juntos en un mercado vendiendo verduras al lado del puesto de Patri-

cia. Aunque todos habitan la misma casa, el gasto casi siempre se separa en dos hogares, Mario y su madre, por una parte, y la pareja de su hermana, por otra.

III-2 Trabajo e ingreso

El nivel de vida económico de los otomíes migrantes mayormente depende del ingreso monetario que cada hogar tiene a su disposición. Según la encuesta que levantó el autor, complementada por la observación participativa, en la primavera de 2000 el ingreso monetario mínimo del hogar sería de 1,500 pesos por mes, el máximo de 6,000 pesos y el promedio entre 2,500 y 3,000 pesos mensuales. Al considerar el costo creciente de la vida urbana, el tamaño medio del hogar de cerca de 6 personas con una gran variación, y la ausencia del autoconsumo, la mayoría de los otomíes migrantes (a quienes investigó el autor) son pobres urbanos y muchos viven en la pobreza extrema.

Las cinco ocupaciones a que se dedican más los otomíes migrantes son la albañilería¹¹⁾, la fabricación y venta de artesanías¹²⁾, el comercio en la vía pública, limpiar parabrisas y la mendicidad (Cuadro 1). Es relativamente fácil entrar en estas actividades, ya que apenas exigen capital humano. En cada ocupación el ingreso aumenta, aunque dentro del cierto límite, conforme a la escala de negocio y/o a sus habilidades. Al igual que en SM, los niños en edad escolar aportan algo al hogar con su trabajo, en la capital limpiando parabrisas de los carros parados en los semáforos, vendiendo chicles o muñecas y/o mendigando en la taquilla del metro. Como veremos en la siguiente sección, el trabajo callejero tiende a relegar, incluso a sustituir, el estudio.

Ningún miembro de la familia de José o de Mario tiene seguro social. Sin embargo, Mario vive mejor que José. De la familia de José, el miembro que ganaba mejor, Eliseo, se fue a los E.E.U.U. con su hermano.

La familia de José

En la familia de José obtienen su ingreso monetario por la albañilería o trabajos por cuenta propia del Sector Informal Urbano, y todos, excepto los infantes, trabajan. La mayoría de los adultos –Francisco, Alberto, Gilberto,

Jesús y Eliseo– salen a trabajar a la obra de albañilería por la mañana. José y Martín, esposo de Virginia, se auto–definen como artesanos, aunque trabajan de albañiles cuando hay poca venta de sus productos artesanales. Las mujeres adultas salen a la calle por la noche y los niños también se dedican al trabajo callejero.

Para comenzar, la albañilería no requiere escolaridad sino un cuerpo robusto. Los ingresados son llamados ayudantes, y, con la habilidad acumulada, pasan a ser oficiales y luego llegan a ser maestros. El sueldo sube en proporción a la habilidad. Aquellos albañiles que poseen paciencia aprenden rápido, de modo que con el ascenso reciben buena paga. En la familia de José, Eliseo ganaba mejor, aunque es joven (19 años). Durante cinco años Eliseo trabajaba con un equipo de albañiles especializado en pintar paredes de las viviendas lujosas. El sueldo fue subiendo gradualmente, gracias en parte al crecimiento económico registrado desde 1996. Durante la primavera de 2000 ya ganaba unos 700 pesos por semana. Otros ganan menos en promedio, ya sea por tomar bebidas alcohólicas y/o por la cuestión de edad (el caso de Gilberto). Los que ingieren alcohol diario como José no pueden trabajar. Pero, aun en el caso de los albañiles no–alcohólicos, si toman toda la noche del domingo, podrán perder el trabajo de la semana entera.

Las mujeres adultas, por la mañana y la tarde, se dedican a las labores domésticas y a la fabricación de artesanías. Por la noche, desde las seis o las siete, van a la Zona Rosa para vender artesanías o dulces, o para pedir limosna. Cargan un bebé cubierto por quechquemilt, y las mujeres maduras visten el traje otomí, que les fascina a los extranjeros. Dulces como caja de chicle son comprados en el mercado o las tiendas especiales que se aglomeran en el Centro Histórico, base de abastecimiento para miles de comerciantes ambulantes capitalinos. Los niños también contribuyen al hogar por las monedas que obtienen en la calle, causando piedad a los pasajeros y choferes. La ganancia de los trabajos callejeros es muy variada desde 10 o 20 pesos hasta 50 o más pesos por día, dependiendo de la experiencia, el horario y la duración de la venta, el lugar y clima, y la cantidad de sus mercancías. En los últimos meses, José, a pesar de tener cinco niños dependientes, no ha apor-

tado nada a su hogar, por lo que las adultas y los niños trabajan hasta la medianoche y en sábado y domingo. Pero José se ha gastado el poco dinero que ganan ellos en bebidas y medicinas. Si uno toma por día cinco ‘caguamas’ – botella que contiene un litro de cerveza–, una cantidad normal entre los alcohólicos, el presupuesto hogareño disminuye por 50 pesos.

Por último, volveremos al caso de Eliseo. En mayo de 2000 Eliseo se convirtió en el primer hombre que pasa la frontera entre los habitantes del predio. Se fue junto con su hermano casado, Juan, que había vivido en el campo migrando temporalmente a la capital para trabajar de albañil con su padre Gilberto. Primero, ellos fueron a Tijuana por autobús y pagaron cientos de dólares que habían ahorrado de antemano a un ‘coyote’ (i.e. traficante de los migrantes), quien los llevaría a California. Como ninguno de los dos encontraron trabajo allí, se trasladaron a Chicago en donde Eliseo consiguió trabajo en un restaurante y Juan en una fábrica. Ya mandaron 400 pesos a sus padres, quienes están contentos de que sus hijos se hayan establecido en otro país.

Eliseo es el hombre más diligente entre los miembros de la familia de José. Su ‘jefe’ Gilberto era ligeramente alcohólico, por lo que “sufrían mucho”. Cuando era niño, vendía chicles en la calle, así como hacen ahora los niños de José. Pero, ha terminado la escuela primaria y adquirió una habilidad laboral. Igual que su ‘tío’ Francisco, amaba jugar fútbol cada domingo como buen defensa de un equipo de los migrantes santiaguenses. No obstante, a diferencia de Francisco y otros jugadores paisanos, al acabarse el partido, no tomaba bebidas hasta la medianoche. Por su carácter, por haber terminado la primaria y visto la vida de la clase acomodada al trabajar de pintor, le motivaba la idea de arriesgarse a atravesar la frontera con la esperanza de conseguir una mejor vida económica.

La familia de Mario

La casa está construida de ladrillo y dispone de cuatro cuartos, un refrigerador (que funciona mal ahora) y un teléfono. Además, Mario posee una computadora que compró por 13,000 pesos de pago al contado. Ninguna de

las demás familias santiaguenses en la capital que conoce el autor tiene ese bien duradero. Cuando la universidad estuvo cerrada por la huelga estudiantil, Mario se dedicaba a la renovación de su casa con los materiales que compraron su madre y su cuñado.

Patricia ha vendido verduras en diversos sitios desde 1977. Hace años Patricia, Verónica y Pedro consiguieron el permiso de venta en un mercado al aire libre. Compran las verduras en el Central de Abasto y las llevan al mercado por taxi. Patricia gana de 100 a 120 pesos por día, y la pareja de Verónica gana un poco mejor que ella. Sólo descansan por la tarde de los domingos y en los días festivos. Aunque su ocupación se clasifica como el SIU, consiguen un ingreso estable que les permite una vida más digna que la mayoría de los otros migrantes. Se debe a su diligencia y a sus recursos humanos más acumulados tanto en la escolaridad como en la capacitación (veinte años de la experiencia), así como al beneficio de haber conseguido un puesto fijo en un mercado.

Como los hijos de José, Mario ha trabajado desde su niñez. La diferencia radica en que aun sigue estudiando. Además, Mario ha ganado dinero para su estudio por una ocupación informal a que no se dedican otros jóvenes otomíes: reparar los aparatos eléctricos como televisión y estéreo. Cuando era estudiante de la preparatoria, adquirió una credencial de mecánico eléctrico por medio año del aprendizaje en un pequeño colegio técnico. Posteriormente convirtió su cuarto en un taller donde los vecinos llevaban sus aparatos averiados. El negocio le salió lucrativo ya que pagaban entre 200 y 300 pesos por aparato arreglado. En los mejores tiempos podía ganar hasta 1,500 o 2,000 pesos por semana. Mario recomienda a los jóvenes que aprendan algún oficio técnico en las escuelas especializadas, ya que no exige muchos años de escolaridad. Pero, según la impresión del autor, esa opción sería poco accesible para aquellos jóvenes otomíes que no hayan terminado ni la primaria y que no tengan casa propia.

III-3 Recursos humanos

Los otomíes migrantes han sufrido la pobreza económica principalmente

por la falta de recursos humanos, la cual es la causa de su marginación en el mercado laboral. Aquí se habla de la educación y de la salud. Su baja escolaridad (Cuadro 1) se debe a la interacción de diversos factores. Sobre los problemas de la salud, resaltan el alcoholismo entre los adultos y la drogadicción entre los niños (aquí de hasta 15 años de edad). Ambos 'vicios' agotan pocos recursos humanos que tengan, y dañan la salud hasta el grado de arriesgar la propia vida.

El problema educativo más grave de los otomíes migrantes reside en la alta tasa de reprobación y deserción entre los niños que acuden a la escuela. Normalmente, si es reprobado dos o tres veces, ya no termina la escuela primaria. A través de la enseñanza de matemáticas, el autor se dio cuenta de que la comprensión de un niño depende de la condición económica en su hogar y la actitud de los padres mucho más que por su habilidad innata. Suelen estar distraídos y atrasados los niños cuyos padres siempre los mandan a la calle. Desde la perspectiva de género, las mujeres están menos escolarizadas debido a su carga de labores domésticas y a su preñez en edad temprana. Los hijos de José no fueron motivados a estudiar.

En cambio, la familia de Mario es, entre los migrantes santiaguenses, una de las familias mejor dotadas de recursos humanos. Mario y Verónica fueron animados a estudiar por su madre. Aun así, siempre han tenido que luchar contra la pobreza económica. El autor ha conocido a cinco jóvenes santiaguenses capitalinos que están estudiando o dejan de estudiar en la escuela preparatoria pública, menos del 10% de los informantes de 16 a 20 años. Al igual que sus padres, ellos tienen ganas de terminar la preparatoria y, de ser posible, ingresar a la universidad. Pero la desventaja económica es bastante notoria. Este problema del acceso es también importante, puesto que en la capital la educación media superior o la superior ya está al alcance de la mayoría de los jóvenes¹³⁾.

José, al igual que el difunto padre de Mario, es víctima del alcoholismo, y es esa adicción la que ha hecho sufrir a sus hijos. Entre los migrantes santiaguenses, se estima que cerca del 10% de los adultos serían alcohólicos crónicos (toman todos los días), y el 15 o 20% son alcohólicos en sus primeras

etapas (no toman diario, pero cuando toman siguen de dos o tres días hasta una semana). Aun si algunos no son alcohólicos, prefieren tomar hasta la embriaguez. Entre las mujeres se difunde menos este hábito, aunque el número es elevado.

Entre los cambios positivos ocurridos en los últimos años para la acumulación de recursos humanos, hay que mencionar la conversión religiosa. La quinta parte de los informantes santiaguenses ya se ha convertido al evangelismo de alguna secta, algunos practicándolo de manera más estricta que otros. Muchos cambiaron su religión para alejarse del 'vicio'. Generalmente, al convertirse, dejan de tomar alcohol, no gastan en fiestas o en ceremonias y suelen mandar sus niños más a la escuela. Sin embargo, la conversión tiene un costo emocional y cultural, y no es condición necesaria ni suficiente para la mejora socio-económica. Nadie en las familias de José o Mario están convertidos, pero difieren en sus recursos humanos.

La familia de José

Deficientes son los recursos humanos que tiene la familia de José. Los miembros de treinta años y más no han disfrutado de ninguna instrucción formal : José, Teresa, Jesús, Juana y Gilberto. Entre los hijos de José, nadie ha terminado la primaria. Los menores y los hombres han alcanzado más grado de la primaria que los mayores y las mujeres. Sobre la cuestión del analfabetismo, pueden entender letras por 'aprender sólo' o por haber recibido un corto curso de alfabetización que ofrecen el gobierno o las ONGs (como el caso de José y Gilberto), o por asistir a la escuela uno o dos años (como Claudia y Paula). Pero saber leer y escribir bien el idioma español requiere de cierto tiempo de asistencia escolar, al menos hasta el cuarto grado de la primaria. Acerca de la religión, todos los miembros son creyentes católicos.

El hecho de que José y su esposa Teresa nunca hayan ido a la escuela constituye una razón de peso por la que no se respeta el cumplimiento escolar de sus hijos. Dice José : "No puedo enseñar nada (a los hijos)", frase que el autor ha escuchado varias veces de la gente madura. Pero existe otras ra-

zones. Alberto, que llegó a la capital cuando apenas tenía 8 años, “era niño inteligente pero su padre (José) no lo atendió”, según confiesa Juana, la madre de José. Aun peor es el nivel escolar de sus hijas. Virginia, Claudia y Paula han asumido, junto con su madre, las labores domésticas, tales como hacer la compra en tiendas, tianguis o mercado público, así como cocinar, barrer el suelo y lavar ropas con las manos, aparte de dedicarse al trabajo callejero como sus hermanos. Además, Virginia, Claudia y Paula sólo tenían 15 años cuando dieron a luz a sus primeros hijos.

Tres niños siguen estudiando en la primaria: Lorenzo en el quinto grado, Fernando en el cuarto y Carlos en el primero. Pero, el trabajo en la calle oscurece sus futuros. Hasta la primavera de 2000 Lorenzo había sido reprobado dos veces y Fernando una, y en verano la escuela decidió que Lorenzo tendría que repetir el quinto grado otro año más. Parece que Lorenzo ya ha perdido las ganas de terminar la primaria. Varias son las causas de esta situación. Primero, el trabajo callejero les quita tiempo para el estudio. Los tres van a la escuela por la tarde. Pero, a menudo Lorenzo y Fernando no pueden levantarse hasta la una o dos de la tarde por haber trasnochado fuera de la casa. En segundo lugar, el trabajo callejero causa, con el tiempo, que los niños prefieran ganar dinero, una parte del cual pueden gastar libremente, más que ‘aguantar’ su estudio. “Vamos a la lucha (libre). Tengo dinero.” En último lugar, adquieren ‘vicios’ como el consumo de drogas en la calle nocturna a través de los niños mayores o los niños no-otomés que siempre duermen en la calle. Por ejemplo, Lorenzo y Fernando han ‘activado’ (aspiran solventes). Al enseñar matemáticas a Lorenzo, el autor se percató de lo poco que duraba su concentración, un síntoma común entre los niños con años en la drogadicción.

Así, los hijos de José apenas han tenido la oportunidad de desarrollar sus capacidades intelectuales en la escuela. Esto se debe, en gran medida, al círculo vicioso derivado del alcoholismo de sus padres: José es un alcohólico crónico en tanto que Jesús y Gilberto son alcohólicos en etapa inicial, lo que les impide atender bien a sus hijos.

José ha vivido muchos años en el alcoholismo, además de ser diabético.

Toma cualquier bebida que contiene alcohol. Traga hasta del '96', término usado por los santiaguenses para denominar el alcohol puro para la desinfección médica que venden por 10 pesos en la farmacia. Por no comer nada durante semanas o vomitar sangre, José ha entrado al hospital cinco veces. Se abstiene de tomar al salir del hospital, pero reincide poco después. Cuando el autor conoció a José, orgullosamente narraba que había dejado el 'vicio' hacía tiempo. Pero desde el enero de 1999, cuando fue destituido del puesto de representante, de nuevo sucumbió al alcohol. Según diagnosticó un médico el verano de 2000, si tomaba más, moriría.

La familia de Mario

La madre, Patricia, cursó hasta el segundo grado de la primaria del barrio I en SM. Pertenece a la minoría entre las mujeres santiaguenses de su generación. Verónica terminó hace diez años la preparatoria en la capital y su marido Pedro la secundaria en su pueblo. Respecto a Mario, ahora cursa el quinto semestre de la universidad. Ninguno de ellos es alcohólico o consume drogas. A Mario le gusta vaciar 'caguama' con sus amigos o con los parientes de su madre. Pero no toma de manera continua temiendo que pueda caer en el alcoholismo como su difunto padre. En 1999 le contaron que un primo lejano murió por cirrosis hepática. Al igual que la familia de José, ningún miembro es evangelista. "(Los evangelistas) Son aburridos", dice Mario, aunque valora el hecho de que la conversión puede reducir el alcoholismo. El sueño de Mario es llegar hasta la maestría o el doctorado para ser un científico, pero sabe bien que su realización es bastante difícil por la cuestión económica.

Mario reconoce que el apoyo y estímulo por parte de su madre le permitió ir hasta la universidad. El respeto que Mario siente hacia ella se manifiesta al hablarle de 'usted'. Sin embargo, ese factor familiar no es suficiente. Como se ha visto, Mario siempre había trabajado para ganarse la vida. Además, por aprobar el examen, pudo ingresar a una preparatoria gratuita. La universidad pública en que estudia tampoco le cobra, pero le exige ciertos gastos, tales como la compra de libros y aparatos. Mario apenas se ha com-

prado la ropa. Durante las vacaciones, algunos compañeros de la facultad de ingeniería química trabajan en el laboratorio como ayudante-investigador. Es una buena experiencia académica, aunque Mario decide no hacerlo ya que es casi trabajo voluntario con poca remuneración.

III-4 Recursos sociales

Por lo último, nos referiremos a los recursos sociales. Aquí recursos sociales se entienden como las relaciones y normas sociales. La evaluación de los recursos sociales tiene que ver con la relevancia de los argumentos autonomistas.

¿Es deseable y viable el ‘desarrollo autónomo’ de los otomíes migrantes de hoy? La respuesta sería no, a juzgar por los hechos observados. En primer lugar, los otomíes, si bien siguen hablando su idioma autóctono y conviven en predios irregulares como la familia de José, no están interesados en la idea de autonomía. Los habitantes en predios hablan otomi más que los migrantes ‘separados’, ya que aquéllos tienen la mayor oportunidad de comunicarse en su lengua materna. Entre ellos hay solidaridad mutua y cariño a su comunidad de origen. Empero, se nota una gran diferencia en la frecuencia e intensidad de la cooperación entre los familiares y los no-familiares. La falta de integración, junto con los problemas del liderazgo, disminuye la efectividad de los proyectos del gobierno y las ONGs, puesto que éstos suelen promover a los habitantes beneficiarios para organizarse como un grupo encabezado por un líder.

Segundo, dada la severa marginación como condición inicial, el aislamiento socio-cultural en la urbe puede reforzar la pobreza. La antropóloga mexicana Lourdes Arizpe, en su estudio publicado en 1979, realizó una investigación sobre las comerciantes ambulantes mazahuas (del EDOMEX) y otomíes (de SM). Le impresionó la desconfianza y hostilidad de los otomíes hacia la ‘sociedad nacional’ dominada por los mestizos. El aislamiento de ellos se refleja en su escolaridad más baja que entre los mazahuas migrantes, así como en su alta tasa de mendicidad a que no se dedican los mazahuas :

En general, los indígenas de Mezquitilán, como bien saben los investigadores, se muestran muy desconfiados e incluso hostiles hacia la sociedad nacional.Esta conciencia de su separación étnica definitivamente tiene influencia en su tipo de migración. Condiciona el desinterés o franco rechazo por parte de los indígenas a adquirir una preparación escolar, o técnica. De las cuatro comunidades estudiadas es la que presenta el nivel más bajo de escolaridad. También es la más marginada en el sentido cultural y ocupacional en su propia región. A causa de esta situación de aislamiento cultural en su región y dado el carácter áspero y desconfiado de los indígenas su integración al sistema urbano es más difícil que para el grupo mazahua.Los mazahuas venden fruta o trabajan de albañiles o cargadores. Los otomíes de Mezquitilán trabajan de albañiles, pero sobre todo, piden limosna¹⁴.

Veinte años después de este estudio, el nivel escolar sigue siendo bajo y la mendicidad sigue siendo frecuente entre los migrantes santiaguenses. Es evidente que sobreviven aunque más bien se 'sobreadaptan' a la pobreza. Sin embargo, no todos viven de esa manera, como lo demuestra el caso de la familia de Mario, cuyos recursos sociales les ayudaban a acumular recursos humanos.

La familia de José

José ha vivido junto con su familia y los paisanos en un predio irregular desde que migró a la capital.

Todos los miembros de la familia de José son bilingües, salvo Javier (quien no es otomí), esposo de Claudia, y Gabriel, esposo de Paula. Los padres de Gabriel son santiaguenses, pero Gabriel ha crecido en la capital sin vivir con los santiaguenses no-familiares antes de juntarse con Paula. En cambio, Lorenzo (13 años) y Fernando (11) ya hablan bien otomí. Las mujeres usan su idioma más que los hombres, quienes participan más en la vida urbana fuera de la casa. En el momento de pelearse, las mujeres discuten en otomí, mientras que los hombres se insultan en castellano.

La familia de José, que está formada por cinco hogares en el predio, diariamente se visitan para compartir la comida, prestar dinero o cosas, charlar o ver juntos en televisión sus programas favoritos. También los albañiles se intercambian información acerca de dónde y en qué condición hay trabajo, y muchas veces trabajan en la misma obra. Las adultas cooperan tanto en la fabricación de las artesanías como en la búsqueda del mejor espacio para la venta en la vía pública. Todos esperan visitar el 'rancho' en los días festivos. Dos días son los más significativos en el ciclo anual para la familia de José: el 25 de julio, la fiesta mayor de SM en honor del Santo Patrón, y el 5 de febrero, la fiesta del barrio VI. Al aproximarse la fiesta, empiezan a ahorrar cientos de pesos o más. Cuando les falta dinero, les es difícil reafirmar la amistad con los parientes, vecinos y amigos, tomando juntos 'caguama' o 'pulque legítimo'. José ahora no puede visitar su comunidad debido a la pobreza extrema y a la debilitación física, ambas ocasionadas por el alcoholismo. Juana y Gilberto la visitan con mayor frecuencia ya que llevan más tiempo en SM y porque en marzo siembran y en septiembre cosechan maíz. Al regresar del campo, traen a sus descendientes elote, calabaza y quelite, que "son frescos y sabrosos".

La cooperación con los no-familiares existe pero mucho menos que entre los familiares. Hay muchos conflictos entre los habitantes del predio de José. José fue despojado del cargo de representante, por culpa de haber favorecido a su familia y amigos. El autor ha visto, en unas ocasiones, a José comportándose de forma parcial. Por ejemplo, repartía a su familia los bienes que habían sido entregados por el gobierno o algunas ONGs como las bolsas de frijoles y el catre. Pero, al tener en cuenta la pobreza económica que aumenta el costo de oportunidad de dedicarse a las actividades cuyo beneficio se disfruta entre todos los miembros del grupo, y la ventaja del líder de tener mejor acceso a la información de los proyectos, el autor apenas podía criticar a José. Irónicamente, el nuevo líder, Raúl, oriundo del barrio II, maestro-albañil de 42 años, no ha gozado de mejor fama que José. Raúl y su familia, quienes viven en cinco hogares del predio, siempre se han peleado con José. Aquéllos se convirtieron en evangelistas hace cinco años y empezaron

reprochándoles desde entonces los ‘vicios’, agravándose así la brecha entre las dos familias. De hecho, en la destitución de José, Raúl había incitado a otras familias contra él.

Vivir como otomí capitalino, así como ha vivido José desde que llegó al predio, tiene sus ventajas : reducir la incertidumbre económica ; tener la seguridad emocional ; ahorrar la renta que valdría 400 o 500 pesos al mes ; poder recibir cierto apoyo del gobierno y las ONGs como miembro del grupo indígena marginado. Sobre la última ventaja, sin embargo, sus efectos a largo plazo quedan limitados no sólo por causa de los problemas por parte de las organizaciones de apoyo (como la falta de recursos y el paternalismo) sino también debido a la actitud de ellos mismos.

Pese a tales funciones positivas, la otra cara de ser otomí en la urbe, aislamiento socio-cultural, junto con la promiscuidad en la vivienda, refuerza la pobreza. La falta de liquidez de la familia de José no puede explicar de manera satisfactoria el escaso interés en acumular recursos humanos, la mendicidad como una manera ‘fácil’ de ganar dinero, el trabajo callejero de los niños a costa de su educación y salud, el matrimonio precoz y el alcoholismo.

José y su familia no se muestran interesados en los movimientos autonomistas, aunque no pocas organizaciones tanto gubernamentales como no-gubernamentales les invitan a participar en ellos. Entre los habitantes del predio predomina la reivindicación económica tales como vivienda digna, espacio estable para el comercio callejero y otorgamiento de dinero (ex. beca) o regalos. Es algo paradójico para los autonomistas, puesto que los otomés santiaguenses son una de las etnias que mejor conservan su idioma e identidad en la capital.

La familia de Mario

La familia de Mario pertenece a un contexto socio-culturalmente más urbanizado que la de José. Mario ha vivido más tiempo en la capital sin mucho contacto con los paisanos, y confía en acumular recursos humanos para salir adelante. A diferencia de José, Mario no ha recibido apoyo por parte del gobierno ni de las ONGs. Uno de los pocos contactos que tiene su

familia con el gobierno es a través del sindicato oficialista de los vendedores al cual la familia está obligada a pertenecer.

En la casa de Mario sólo se escucha español. Patricia sabe hablar otomí, y Mario “entiende lo que dicen, pero no habla bien”, lo común entre los jóvenes santiaguenses que nacen en la capital y tienen una escolaridad relativamente alta. Visitan al ‘rancho’ menos que la familia de José. Sin embargo, Patricia no pierde el afecto por su comunidad de origen. Su padre Antonio le ha dejado un pedazo de tierra en que quiere construir una pequeña casa algún día.

Como se mencionó líneas arriba, Patricia animaba a Verónica y a Mario a seguir estudiando. Esta actitud a favor de la educación, a su vez, es heredada de su progenitor, Antonio; aunque él mismo nunca había ido a la escuela, estimulaba a sus seis hijos a estudiar. Según las palabras de Mario, “Los parientes de mi madre son inteligentes y modernistas”. La familia de Mario puede considerarse un recurso social que estimula a los miembros a acumular recursos humanos. Por ejemplo, un ‘tío’ de Mario (primo de la madre Patricia), quien terminó la preparatoria en el sistema de la educación para los adultos y ahora trabaja en la Secretaría de Educación Pública (SEP) en Amealco, apoyaba a Mario cuando murió su padre. Otro ejemplo es el caso de Rogelio, el único tío suyo que vive en la capital junto con los paisanos. En el predio irregular que se localiza cerca de la Zona Rosa como el predio de José y donde Rogelio ha vivido desde hace seis años, el alcoholismo se ha generalizado entre los adultos y la drogadicción entre los niños. Rogelio, ayudante de albañil, a veces toma una semana seguida y manda a sus cinco hijos a la calle por la noche, al igual que otros padres del predio. Pero se preocupa por su educación y salud. Ninguno de sus hijos ‘activan’. En el otoño de 2000 su hija mayor entró a la escuela secundaria. Muy probablemente Rogelio se haya motivado a ello debido a cierto estímulo que recibe de sus parientes como Mario.

Mario quiere tener éxito en la urbe pero muestra una identidad ambivalente. Como universitario urbano, critica desde la perspectiva de los urbanos el alcoholismo, el matrimonio temprano, el escaso interés en educarse y la

mendicidad, elementos éstos que se observan entre los paisanos. Pero no quiere negar su origen indígena otomí.

Se ha discutido en varias ocasiones el por qué la mayoría de los compañeros otomíes siguen sufriendo la pobreza. A diferencia de la opinión del autor como economista, una opinión que enfatiza las variables económicas que un individuo no pueda cambiar por sí solo, Mario insiste en la cultura como la causa más importante: "Los que viven en el predio donde trabajas ganan bien. Pero gastan ese dinero en 'caguama', televisión y fiestas en lugar de invertir para la educación". "Les falta conocer a más personas y más cosas." "Tengo razón, ya que veo la realidad 'desde adentro'." Mario entiende el dilema de vivir como otomí capitalino en estrecho contacto con los paisanos que comparten las experiencias, el dilema entre la seguridad y la comodidad por un lado y el aislamiento socio-cultural por otro lado. Una vez me dijo: "Tienen que separarse." No obstante esta afirmación, Mario no niega reconocerse como indígena u otomí. Se enoja de que existan estereotipos o discriminación contra los indígenas, aunque él mismo no ha sufrido discriminación. Le desagrada el hecho de que un tío electricista, llegado a la capital hace dieciocho años, olvida la lengua otomí por temor a ser discriminado. Entre estos dos sentimientos contradictorios, prevalece el deseo de adaptarse bien a la sociedad urbana que no aprecia las culturas ni las identidades indígenas. Un día el autor visitó con Mario la oficina de la SEP en Amealco. Los maestros, incluso un 'tío' de Mario, nos presentaron su plan de publicar un texto de la escritura otomí para el uso en las escuelas primarias en SM. Mario les interrumpió diciendo: "No sirve en la ciudad." "Tienen que enseñar computadora e inglés." "(Dada tal educación) Se burlarán del indio."

IV Conclusión

La pobreza de los indígenas es un problema urgente, como lo han mostrado los neozapatistas a todo el mundo desde hace siete años. Bajo dos enfoques distintos se han planteado dos estrategias como la solución: acumular recursos humanos o realizar la autonomía. Este artículo tiene como su propósito principal ofrecer material cualitativo para verificar la relevancia

empírica de estas dos propuestas. Se trata de la vida de los otomíes migrantes, con especial atención a dos familias.

Los otomíes a quienes el autor ha investigado durante dos años sufren la pobreza tanto en su lugar de origen, Santiago Mexquititlán, como en su destino de migración, la Ciudad de México. Pero no todos los migrantes santiaguenses viven de manera uniforme. Muy distintas son las dos familias escogidas para la comparación. Una de ellas, la familia de José, conserva el carácter otomí y tiene recursos humanos muy escasos tanto en su escolaridad como en su salud –alcoholismo y drogadicción–. La otra, familia de Mario, es más urbana y dispone de mucho más recursos humanos que aquélla. La gran diferencia en recursos humanos se refleja en el dispar nivel de vida económico, aunque ninguna de las dos familias tiene acceso a seguro social. Con el tiempo la brecha podría expandirse.

El contraste obedece a varios factores. La familia de Mario tiene la ventaja de llevar más tiempo en la urbe y haber conseguido su casa propia. Pero un factor no menos significativo lo constituye la divergencia en los recursos sociales que tienen las dos familias. José y su gran familia siempre han vivido en un predio irregular junto con los paisanos como si formaran una pequeña isla otomí en el mar capitalino. Como miembro del grupo que habitan ahí han recibido apoyos por parte del gobierno y las ONGs, con efectos limitados hasta hoy. En cambio, la familia de Mario tiene menos relación con otros paisanos y la comunidad rural, después de haber sido abandonada por su padre alcohólico. Por añadidura, los parientes de la madre de Mario valoran acumular recursos humanos, lo que no ha sido común entre los santiaguenses al menos hasta hace poco. La cuestión de los recursos sociales nos sugiere que el aislamiento socio-cultural observado entre muchos otomíes migrantes puede reforzar o reproducir la pobreza. Sobre la autonomía, ni a las familias de José ni de Mario les interesa esa idea. La familia de José está apegada a la reivindicación económica, o al ‘Norte’ como el caso de un joven ambicioso que pasó la frontera, más que a solidarizarse con el ‘Sur’ (Chiapas, el neozapatismo). En el caso de Mario, aunque critica la presión social contra los indígenas, no quiere participar en los movimientos autonomistas ya que no le

parecen existosos. Estos descubrimientos nos pueden sugerir la necesidad de modificar las dos mencionadas propuestas para los indígenas de México.

En primer lugar, proporcionar más recursos, más información y más compromiso para la mejora de los recursos humanos. En el caso de los indígenas migrantes sumamente marginados como la familia de José, las políticas sociales deben ser de carácter integral y de largo plazo, motivando tanto a los niños como a sus padres a mejorar la calidad y la cantidad de sus recursos humanos. En cuanto a los migrantes no tan marginados como la familia de Mario, es deseable que se imparta algún apoyo económico como becas escolares, puesto que para los niños pobres resulta bastante difícil recibir la educación media superior o la superior. Recordemos lo tremendo de los esfuerzos que ha realizado Mario para ir hasta una universidad pública.

En segundo lugar, para que los pueblos indígenas preserven su cultura con dignidad, es prioritario que mejore sus situaciones socio-económicas. El progreso socio-económico debe complementarse con menos prejuicio y menos discriminación contra las sociedades indígenas, una meta que debe promoverse por el gobierno y la sociedad civil. En este proceso, surgirán nuevos líderes indígenas que se sientan orgullosos de su origen y que pueden manejar bien los discursos y proyectos que se basan en sus propias experiencias.

Notes

* Estudiante de Doctorado, Escuela de Graduados de la Ciencia Económica, Universidad de Tokio. Correo electrónico : hukeda@sta.att.ne.jp, hukeda@hotmail.com

1) INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática), *XI Censo General de Población y Vivienda 1990* (México, 1993). Por menos ambigua que sea, la definición lingüística no cuenta correctamente la población indígena, especialmente los indígenas urbanos, al darnos cuenta de la discriminación contra ella y de las personas con costumbres e/o identidades indígenas que ya no hablan sus propios idiomas.

2) George Psacharopoulos y Harry A. Patrinos (ed.), *Indigenous People and*

Poverty in Latin America: An Empirical Analysis (Washington D.C.: World Bank, 1994).

- 3) Como los argumentos autonomistas que sustentan la originalidad cultural de las sociedades indígenas, hay, entre ellos, Guillermo Bonfil-Batalla, *México profundo: Una civilización negada* (México: Grijalbo, 1994); Miguel Bartolomé y Alicia Barabas, *La pluralidad en peligro: Procesos de transfiguración y extinción cultural en Oaxaca* (México: Instituto Nacional Indigenista, 1996). Para una presentación de los discursos y movimientos neozapatistas véase Consuelo Sánchez, *Los pueblos indígenas: Del indigenismo a la autonomía* (México: SigloXXI, 1999).
- 4) En este artículo, la familia es conceptualizada como la unidad definida por la consanguinidad y la afinidad; por otra parte, el hogar es la unidad económica cuyos miembros viven bajo el mismo techo y usualmente comparten gastos. Así una familia puede incluir a varios hogares.
- 5) Estos cuatro predios ocupados por los otomíes migrantes son reconocidos, tanto entre las organizaciones gubernamentales como las no-gubernamentales que apoyan a los indígenas migrantes de alguna manera, por la pobreza de sus habitantes y por su ubicación (el hecho de que están en la zona residencial o comercial del DF). El número de los hogares está restringido por la superficie de cada predio. El caso máximo cuenta con 34 hogares, y otros tres con 23, 18 y 15 hogares, respectivamente.
- 6) Durante la investigación, el autor dedicó más tiempo a conocer la vida de los migrantes que viven en predios irregulares que la de los migrantes 'separados', de los cuales ha visitado a 18 hogares en sus viviendas.
- 7) Existen más hogares otomíes en la capital que el autor no pudo conocer bien, o simplemente desconoce; sin embargo, dos años de trabajo de campo permitieron al autor captar tanto las características comunes como las variedades que se observan entre los otomíes migrantes.
- 8) La encuesta fue llevada a cabo por el autor entre marzo y abril del 2000 en 67 hogares habitados en los cuatro predios irregulares, y en los 18 hogares 'separados', a fin de confirmar la información básica de los principales informantes otomíes, tales como su composición familiar, escolaridad, permanencia en la Ciudad de México, ocupación, ingreso, acceso a seguro social y tenencia de tierra en SM, etc.... En dos predios irregulares no todos los hogares habitados fueron encuestados, aunque los datos conseguidos acerca de estos 67 hogares pueden representar la situación de los 90 hogares que viven en los cuatro predios.

- 9) En la descripción que sigue el autor ha consultado al estudio etnográfico de Lydia van de Fliert (*El otomí en busca de la vida* (Querétaro : Universidad Autónoma de Querétaro, 1988)) y al lingüístico de Ewald Hekking (*El otomí de Santiago Mexquititlán : Desplazamiento lingüístico, préstamos y cambios gramaticales* (Amsterdam : Institute for Functional Research into Language and Language Use, 1995)).
- 10) INEGI, *IX Censo General de Población y Vivienda 1970 ; Censo de Población y Vivienda 1995*.
- 11) Aquí albañilería se define como trabajo manual en el sector de la construcción.
- 12) Durante los años setenta, el gobierno capitalino abrió y manejó el 'Centro Otomí' para brindarles varios servicios gratuitos a las vendedoras y limosneras callejeras de SM. Ese centro impartió clases de artesanía en la que las participantes aprendieron a hacer muñeca de trapo, muñeca de yute y mantel bordado. Las técnicas se transmitieron a los hija(o)s, maridos, y/o paisanos hasta que la fabricación y la venta de las artesanías se convertiría hoy en una de las fuentes más importantes del ingreso monetario. Véase Hiroyuki Ukeda, "Otomí en la Ciudad de México (escrito en japonés)," *Latin America Report*, vol.16, no.2 (Tokio, 1999), pp.48-60.
- 13) En el DF, la tasa de cobertura de educación media superior del año escolar 1998-99 alcanza el 82.28%, y la de educación superior el 39.2%. Véase Daniel Reséndiz-Núñez, *Futuros de la educación superior en México* (México : Siglo XXI, 2000).
- 14) Lourdes Arizpe, *Indígenas en la ciudad de México : El caso de las "Marías"* (México : Secretaría de Educación Pública, 1979), pp.88-90.